

II

PITÁGORAS FILÓSOFO.

LA DOCTRINA PITAGÓRICA.

La principal autoridad en la historia de la doctrina pitagórica es Aristóteles.

Por la misma época (dice en la *Metafísica*), y aun antes, los llamados pitagóricos se dedicaron principalmente a las matemáticas y las hicieron realizar grandes progresos; pero educados exclusivamente en estos estudios, imaginaron que los principios de las matemáticas son también los principios de todos los seres. Como los números son naturalmente los primeros entre los principios de este orden, creyeron descubrir en ellos una multitud de semejanzas con los seres y los fenómenos, en mayor número que las que pueden descubrirse entre los fenómenos y el fuego, la tierra o el agua. Por ejemplo, dijeron los pitagóricos: determinada modificación de los números es la justicia; otra distinta, el alma y la razón; tal otra representa la ocasión favorable para obrar, y lo mismo ocurre con cada objeto en particular. En segundo lugar, estos filósofos observaron que todos los modos de la armonía musical y las relaciones que la componen, se resuelven en números proporcionales. De esta manera, descubriendo que el resto de las cosas modela esencialmente su naturaleza conforme a todos los números, y que los números son los primeros principios de la naturaleza entera, los pitagóricos concluyeron que los elementos de los números son también los elementos de todo lo que existe, e hicieron del mundo, considerado en su conjunto, una armonía y un número. Después, tomando los axiomas evidentemente demostrables cuando se aplican a los números y a las armonías, los acomodaron a todos los fenóme-

nos y a todas las partes del cielo, así como al orden total del universo, que pretendieron encerrar dentro de su sistema.

Aun más; cuando este sistema presentaba lagunas muy considerables, las llenaban arbitrariamente, a fin de que el conjunto quedase tan coherente y armonioso como fuese posible. Citaré un ejemplo: según los pitagóricos, el número diez es el número perfecto, y la década contiene toda la serie natural de los números. Partían de esto para pretender que debe haber diez cuerpos que se mueven en los cielos; pero como no existen sino nueve visibles, suponían un décimo, que es el opuesto a la tierra: la Antitierra.

Parece, pues, que los pitagóricos, adoptando el número por principio, lo han considerado como la materia de las cosas y la causa de sus modificaciones y cualidades. Ahora bien, los elementos del número son lo par y lo impar, siendo lo primero ilimitado y lo segundo limitado o finito. La unidad es impar, de igual manera que es ella la que da nacimiento a la serie entera de los números, y los números, lo repito, forman el mundo entero según los pitagóricos. Entre estos filósofos hay también otros que reconocen diez principios, arreglados y contenidos en series paralelas:

finito	infinito
(limitado)	(ilimitado)
par	impar
unidad	pluralidad
derecha	izquierda
masculino	femenino
reposo	movimiento
recta	curva
luz	tinieblas
bueno	malo
cuadrado	oblongo

Esta es, según parece, la clasificación que acepta también Alemeón de Crotona, sea que la haya tomado de los pitagóricos o que los pitagóricos la hayan tomado de él. Alemeón era joven cuando Pitágoras ya era viejo; pero, como quiera que sea, las ideas de ambos se aproximan mucho. Para él, también, la mayor parte de las cosas humanas son dobles, pero no determina las oposiciones con la exactitud que usaban los pitagóricos; las elige al azar: lo blanco y lo negro, lo dulce y lo amargo, lo bueno y lo malo, lo pequeño y lo grande. Pone una enfrente de otra estas oposiciones de una manera confusa, mientras que los pitagóricos precisan el número y naturaleza de esos contrarios. Lo que se puede afirmar de ambos sistemas es que consideraban como contrarios los principios de las cosas, pero es sólo en otras escuelas donde podemos aprender cuántos son esos principios, y lo que son. Sin embargo, basta consultar estas teorías para percibir claramente cómo se pueden referir los principios aceptados por estos filósofos a las causas que hemos enumerado. Todo lo que se observa es que han ordenado los elementos en el sólo género de la materia, pues

según ellos, la sustancia de las cosas se compone y se forma de los elementos que están primitivamente en ella... Los pitagóricos (a semejanza de los eleáticos) admiten también dos principios. La sola adición que hayan hecho, y que los distingue porque les puede ser señalada como propia, consiste en que ellos no han visto en lo finito y lo infinito y la unidad, naturalezas diferentes de las cosas, como por ejemplo: el fuego, la tierra o algún otro elemento de este género, sino que han tomado lo infinito en sí, o la unidad en sí, por la esencia misma de las cosas a las cuales se atribuye la infinitud o la unidad. Es esto mismo lo que los condujo a hacer del número la sustancia de todo.

En el pasaje que antecede, y en algunos otros menos importantes, Aristóteles refiere lo que en su tiempo se sabía de los pitagóricos; pero está muy lejos de pretender que tal haya sido todo el contenido de la doctrina primitiva. Todos los autores convienen en que Pitágoras no dejó nada escrito, y que las primeras generaciones de sus discípulos tampoco se dedicaron a redactar sus enseñanzas. El primer libro formal de la escuela es el de Filolao, intitulado *Las Bacantes*, del cual nos han llegado sólo fragmentos. Revela un sistema del mundo, que sin duda no es ya el de Pitágoras, aunque con él se relacione estrechamente. Las otras autoridades sobre el pitagorismo son referencias todavía más incompletas y lejanas de la fuente de la doctrina. Los fragmentos de Arquitas, discípulo de Filolao, algunas referencias de Herodoto, y pasajes de obras perdidas del mismo Aristóteles, es cuanto como auténtico mencionan los comentaristas más modernos.

Otra peculiaridad que señalan todos los historiadores de esta escuela, es el carácter doble de su doctrina. Su concepto principal era no sólo secreto, sino quizás obscuro y casi inefable, lo que los obligaba a emplear constantemente un lenguaje simbólico. En los libros se nos han conservado las metáforas y las fórmulas, pero en vano buscaremos la voz que las desentrañaba a la hora de las revelaciones, en la inspiración que dan al pensamiento, la música, los bailes y el misterio de la noche. A semejanza de las veladas dionisiacas, *bacanales* llamaron los antiguos a las sesiones pitagóricas; pero así como las literaturas de la época nos describen los ritos de Dionisos sin revelarnos su dón de enardecer los corazones con el vino, el desenfreno y la alegría del goce, las tradiciones no nos comunican el intuir se-

creto de los convites de los iniciados, el misterio de aquellas orgías del alma.

Algunos entusiastas, en distintas épocas, sintiendo una especie de contagio de aquel ambiente lejano, se han aventurado en las suposiciones trascendentales: la crítica histórica, más modesta y acertada, ha tenido que ceñirse a las interpretaciones casi textuales, en que el fondo de la doctrina se nos aleja y pierde.

* * *

¿Cuál es la interpretación que debe darse del concepto del número?

En tres de sus aspectos se han fijado principalmente los autores, a saber: el aritmético o cuantitativo; el analítico o esencial, y el geométrico o formal.

ASPECTO ARITMÉTICO DE LA TEORÍA DEL NÚMERO. Tomar el número, elemento aritmético, como punto de partida, y seguir con la imaginación toda la serie de los números posibles, y suponer que los fenómenos se desenvuelven en serie igual que la de los números, es quizás la forma primitiva de la doctrina. Debe observarse que, conforme a esta tesis, los números no son, como las ideas platónicas, prototipo independiente de las cosas, sino la esencia y la ley de su desarrollo. Suponer que los números poseen esencia propia, de la cual son copia los fenómenos, es introducir un principio ajeno a la doctrina primera, y afirmar la existencia de dos órdenes diversos: el orden perfecto de los números y el orden natural que lo imita. Zeller se funda en alguna frase de Aristóteles para admitir la posibilidad de que tal haya sido la doctrina aceptada por algunos pitagóricos, pero es casi seguro que esta creencia en la realidad del orden matemático puro, es posterior, derivada de la más moderna teoría platónica de las ideas. El primer desarrollo natural del principio que afirma: *todo es número*, se encuentra en la doctrina que pretende hallar el número, no en un orden metafísico independiente, sino en el seno de los fenómenos mismos, como su íntima ley y progreso natural. El mismo Zeller observa que en la época de la especulación pitagórica no estaba precisada aún la distinción de forma y materia: "consideraban los números, dice, como una expresión de las relaciones de las sustancias; buscaban directa-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
1 de Mayo 1925

mente en ellos la esencia y sustancia de lo real"; *el ritmo y sustancia de lo real*, habría que agregar. Aristóteles también nos dice: "para los pitagóricos, el elemento del número era el elemento de las cosas"; es decir, que el número era en las cosas *una especie de formación interna, de cauce uniforme y progresivo*.

El universo infinito está compuesto de partes que se mueven según ritmos uniformes. Cada cuerpo, al vibrar en el espacio, emite un sonido, más o menos agudo, según la velocidad que lleva; la ley de los movimientos en el cosmos es la misma que la de los sonidos en la escala musical. En el cielo, los astros son como las notas de la octava; al girar en sus órbitas, producen un agrandado concierto, armonía sublime que los oídos humanos no escuchan porque se han acostumbrado a él, como los habitantes de las costas al ruido del mar, o porque sus oídos son imperfectos; tal es la tesis original del pitagorismo.

ASPECTO ANALÍTICO DEL NÚMERO. FILOLAI. Filolao es el más penetrante investigador de la esencia del número. No se conforma con el número aritmético, elemento de cantidad, mónada homogénea. Para hacer su metafísica, atiende a la composición de la mónada, la divide en sus elementos par e impar, asimila a esta división todas las otras oposiciones que se encuentran en el universo, y expresa la tesis de que cuanto existe depende de la acción combinada de dos principios contrarios. El uno es el principio de determinación; que hace que las cosas tengan un comienzo y un fin; se denomina: lo limitado. El otro es el principio de indeterminación, que hace que las cosas tengan término medio; se llama: lo indefinido. Nosotros sólo podemos conocer lo que es determinado; lo que ocupa lugar. Todo objeto que ocupa lugar, posee, necesariamente, principio, medio y fin. Y ¿cuál es el principio de la determinación? ¿Cuál la unidad? ¿Cuál es el principio de la indeterminación? El número dos: la dualidad.

El elemento de todas las cosas es el punto; la esencia del punto es la unidad; dos puntos determinan la línea, tres puntos la superficie, cuatro el sólido; y así como la unidad es la esencia del punto, la esencia de la línea es el número dos, porque se necesitan dos puntos para determinarla; el símbolo de la su-

perficie es el número tres, por la misma razón, y el cuatro es la esencia del sólido, y también la de los seres. Cuatro puntos determinan el sólido, y cuatro principios la vida, a saber: el encéfalo (la inteligencia), el corazón (afectos), el ombligo (vida vegetativa), y el órgano de la reproducción.

Pero, al igual que la oposición, existe también en todas las cosas un principio de armonía, que da unidad a lo múltiple, que une los elementos disímolos y los vuelve productivos. Con igual propiedad puede decirse que todo es número y que todo es armonía, puesto que cada número es una unión definida: la armonía de lo par y lo impar. La sustancia se compone de los contrarios, pero tiene como esencia la unidad de la armonía. Esta unidad no es ya el uno cuantitativo, sino el sér primero, el principio increado. Así es como puede decir Filolao: el número es el eterno principio de donde viene la serie eterna de las cosas mundanas.

La unidad de Filolao ya no se encuentra en el conjunto de los movimientos armoniosos, en la ley progresiva del mundo con su serie de metamorfosis; es la unidad de los eleáticos, el número total, fijo y absoluto.

EL ASPECTO GEOMÉTRICO. La interpretación geométrica del número quita a la doctrina pitagórica todo su prestigio misterioso; la vuelve clara y lógica; la *moderniza*, pudiéramos decir, dándole principios completamente formales e inteligibles, aunque totalmente vacíos de contenido espiritual. Ritter pretende reducir el pitagorismo a fórmulas de razón. Considera que lo más importante en Filolao es la tesis de lo limitado y lo ilimitado.

Los pitagóricos, dice, sostenían que el número era el principio de las cosas, porque para ellos lo primario y lo simple constituía el principio. Ahora bien, lo primario del cuerpo consiste en superficies, lo primario de la superficie es la línea, y lo de la línea, el punto, que llamaban ellos unidad mónada, perfectamente simple en su composición, y que, por lo mismo, no admitía nada anterior ni más simple. Y como esas unidades son números, los números deben ser el principio de las cosas. La doctrina de los números tiende a explicar los cuerpos por medio de principios incorpóreos, ya que los puntos del espacio son inextensos. Todo lo que se ha dicho a este respecto confirma lo que en realidad está implícito en el mismo término número: los pitagóricos resolvían la existencia corpórea en puntos que constituyen el último límite a que puede llevarse el cuerpo.

La limitación referida a los cuerpos era para ellos la existencia de una multitud de puntos ligados misteriosamente en el espacio, y la proposición que dice: todas las cosas consisten en números cuya existencia es irreal, incorpórea,—se expresa también con estas palabras: todas las cosas se componen de puntos o unidades especiales que, tomadas juntas, constituyen el número.

Después de reducir lo limitado de Filolao a la noción del punto abstracto de los geómetras, Ritter equipara lo ilimitado con el intervalo que separa los puntos, y este intervalo vacío sirve, según él, para facilitar el concepto del espacio, lleno de mónadas o números. Aunque los puntos eran incorpóreos, el cuerpo venía a ser un compuesto de las mónadas y los intervalos:

Mediante los intervalos se produce el cuerpo con sus tres dimensiones, a saber: un punto inicial, otro final, y el intervalo en medio: tal era la esencia del cuerpo.

Esta teoría ingeniosa sirve a Ritter para ligar la noción de materia con la de forma. Reduciendo lo corpóreo a elementos intelectuales, a espacio formal, se nos hace inteligible, y el problema de la existencia de lo externo se confunde con el problema del conocimiento; pero esta interpretación del pitagorismo no encuentra fundamento suficiente en los textos, según opinan Reinhold, Zeller, etcétera. Y por su intención misma debe considerarse como una tentativa de convertir en racionalista una doctrina que es, en su origen, esencialmente mística. Mística, en el verdadero sentido clásico de tesis que no puede mirarse, ni expresarse con imágenes formales, sino que sólo se percibe cerrando los ojos y abriendo el alma al rumor invisible.

* * *

Zeller, comentando las ideas de Ritter, observa que era fundamental en el pitagorismo considerar los cuerpos como número, y no los números como cuerpos: "en lo corpóreo veían algo original que no pretendían derivar del número aritmético". La observación fundamental del sistema, agrega, es la que señala Aristóteles, a saber: "que en el movimiento de las cosas externas observaron uniformidades expresables numéricamente, y de allí partieron para afirmar que todo es número". En seguida el estudio del número los condujo a la teoría posterior de lo par

y lo impar, lo limitado y lo ilimitado. Suponer que la teoría del número se derivó de alguna hipótesis metafísica anterior, como la teoría de lo finito y lo infinito, etcétera, sería exacto si se tratase de escuelas naturalistas, no respecto de los pitagóricos. Por lo mismo, juzga Zeller que la teoría de Filolao acerca de los elementos opuestos que componen las cosas, fué desarrollo y consecuencia de las observaciones primitivas.

Puedo aceptar, continúa Zeller, que la filosofía pitagórica surgió primitivamente del problema de las condiciones del conocimiento, y no de investigaciones sobre el origen de las cosas; que los números eran considerados por los pitagóricos como el principio del sér, no porque creyeron percibir en las proporciones numéricas la base permanente del fenómeno, sino porque sin número nada parecía cognoscible, y porque, de acuerdo con el célebre principio: lo semejante conoce a lo semejante, la base del conocimiento debe también encontrarse en la realidad.

Pero no por eso acepta Zeller la teoría de los que derivan el número del problema del conocimiento, sino que se atiene más bien a la opinión de Aristóteles, que clasificaba a los pitagóricos como filósofos físicos simplemente; y dice, por último:

De la vida espiritual de los pitagóricos nació el afán de la investigación independiente acerca de la causa de las cosas. Este afán los hizo buscar explicación a la naturaleza, y en seguida procuraron hallar en ella fundamento a su actividad moral; y como les pareció que la ley y el orden eran los más altos elementos de la vida humana, así en la naturaleza admiraron el orden y curso regular de los fenómenos, especialmente en el espectáculo de los cuerpos celestes y las relaciones de los tonos en la música. Creyeron percibir la base de toda regularidad en el orden y las relaciones armoniosas de los números, cuyo estudio científico ellos inauguraron. De esta suerte, por una derivación natural del pensamiento, llegaron a la conclusión de que todas las cosas en su esencia son número y armonía. Pero la especulación de esta escuela es obra de varios pensadores y de varias épocas.

* * *

La mayor parte de los autores convienen en que el punto de partida del pensamiento pitagórico era la observación de la naturaleza; desde Aristóteles, casi todos enseñan que el principio de la armonía nace del número y de las cosas, no de la conciencia.

Schleiermacher, pensando sin duda que una filosofía espiritual por esencia, como la pitagórica, no puede derivarse únicamente de observaciones empíricas, sostiene el punto de par-

tida subjetivo del pitagorismo. Las matemáticas, ha dicho, "son la parte técnica de la doctrina, pero su fondo es una tendencia ética". "De la percepción de un orden y armonía en las acciones humanas, pasó Pitágoras a la investigación de ese mismo orden en la naturaleza."

Si no nos parece probable que una tesis moral haya sido el fondo del pitagorismo, el método escogido por Schleiermacher para juzgar la doctrina es indiscutiblemente el acertado. Los sistemas filosóficos rara vez se inventan como las leyes científicas, sumando un conjunto de observaciones; son obra intuitiva, realizada con poder semejante al del artista. Para juzgar de ella, es preciso colocarse en el estado de ánimo del filósofo creador. Especialmente en la época lejana de Pitágoras, el filósofo no era todavía especialista, sino amante de la sabiduría entera; no se había recortado las alas con la dialéctica; interpretaba el mundo con la totalidad de su vida intensa. La determinación precisa de lo que es cuerpo y lo que es espíritu, aparece mucho más tarde. Zeller dice:

Ni el número de Pitágoras, ni el Uno de Parménides, son esencia espiritual y distinta de lo sensible, como las ideas platónicas. Por el contrario, estos filósofos sostienen que las cosas sensibles son esencialmente número, o una invariable sustancia. Número y sér son para ellos la sustancia misma de las cosas.

Platón, con su teoría de las ideas, y Aristóteles, en su doctrina sobre la materia y la forma, crearon los elementos de un mundo abstracto, que más tarde la escolástica pretendió identificar con el espíritu. La conclusión fatal de esta absurda manera de pensar el mundo, ha sido el dualismo insoluble de casi todas las filosofías posteriores. La mente desdobra el universo en dos órdenes opuestos, el cuerpo y el alma, la materia y la fuerza; y luego no puede, con su sola energía, volverlos a unir, y recurre entonces a las hipótesis mecánicas o al dogmatismo arbitrario, a San Agustín o a Leibnitz. Todo este portentoso esfuerzo del racionalismo ha servido para definir el alcance y el valor de los juicios racionales, pero nunca ha logrado acaparar la actividad filosófica; siempre ha tenido que luchar con la contracorriente de los místicos, de los inspirados verdaderos, que

hallan en el mundo sentidos que no dan las fórmulas de dialéctica alguna.

El racionalismo se absorbe en el análisis y las consecuencias de la operación del juicio, y desatiende el sujeto que produce el raciocinio y el fondo misterioso que en él queda irrevelado durante el más minucioso análisis mental. El misticismo atiende por entero al yo. Para el primero es capital la idea; para el segundo, la idea es producto, reflejo de una entidad que es ella misma, la única evidencia; y parte de esa su evidencia para juzgar toda cosa. Un análisis serio de la conciencia nos revela dos clases de elementos: ciertos datos inmediatos, irreducibles, cualitativos, únicos; y una multitud de imágenes, recuerdos, ideas. Y si del fuero interno pasamos a la investigación del mundo, allí encontramos también, al principio, imágenes, percepciones, objetos asimilables de algún modo, ya por los sentidos o bien por la inteligencia; pero si llevamos el análisis más adentro, si descomponemos el fenómeno material en todos sus elementos, si pretendemos desentrañar su esencia, nos encontramos, ya no con ideas, ni siquiera con percepciones definidas, sino con elementos que muestran una curiosa analogía con los datos inmediatos de nuestra conciencia. Parece que al llegar al fondo oscuro de lo material, en vez de una naturaleza peculiar de las cosas, nos encontramos con nosotros mismos. Esta extraña incapacidad en que nos hallamos para salir de nuestro propio sér, esta repetición de nuestro yo en lo externo, al principio desilusiona y desconcierta, porque no estamos del todo satisfechos del yo, y nos inquieta hallar por todas partes no otra cosa que él mismo. Pero, de todas maneras, esta es la derrota de la teoría de los dos mundos opuestos, el del cuerpo y el del alma. Sólo que en esta experiencia fundamental no es el espíritu el que sacrifica sus características para volver a una fusión modesta con la materia, su afín, sino que es la materia la que pierde sus características de limitación y pesantez, para identificarse con el elemento subjetivo de la conciencia, y ser en él una porción menos alerta, pero igual en esencia. Es la materia la que se vuelve irreal, la que semeja como una extensión, más o menos banal, del espíritu, pero que éste recoge de nuevo, dentro de sí, a voluntad.

Siempre se ha considerado el átomo como el tipo y elemento

de lo corpóreo. La materia toda es compuesto de átomos, y lo que forma la esencia del átomo, forma también, necesariamente, la esencia de la materia. Según las más recientes hipótesis, el éter, la materia y la electricidad se confunden; y en el átomo eléctrico, las dos corrientes, positiva y negativa, que lo forman, son todavía esencia material, pero los electrones y las leyes de su acción y reacción recíproca dentro del átomo, no son más que hipótesis fundadas en analogías con lo que se observa en los fenómenos sensibles y construídas de acuerdo con nuestra facultad de raciocinio. En el momento en que falta a la experiencia el elemento objetivo de la observación, y en que por lo mismo se hace necesario trabajar con hipótesis, no es ya lo externo lo que nos ocupa, sino los elementos ideales de nuestra mente.

En el fondo del átomo, que es el fondo de la materia misma, la ciencia ya no encuentra percepciones; puede decirse que ya no halla materia, sino concepto; por eso nos habla de energía, y nos describe el átomo como el punto en que cruzan dos fuerzas, —siendo estos dos elementos, el punto y la fuerza, ya propiamente subjetivos. De esta suerte puede afirmarse que la materia vuelve a ser espíritu. El concepto del átomo se identifica con el dato inmediato de la conciencia: la noción de fuerza, el *sentimiento de esfuerzo*, de que nos habla Maine de Biran.

El viejo dualismo, fruto de la escolástica, no ha analizado más que la superficie de los fenómenos. Por nuestros modernos sondeos del objeto, nos hallamos colocados hoy en un punto de vista muy similar al de los antiguos, aunque dispongamos de más avanzados métodos. El retorno a Plotino se nos hace natural. Concebimos el universo entero como la obra multiforme de la energía. En algunos seres, la fuerza va de ascenso y produce la infinitud de las tendencias superiores; en otros fenómenos la vemos como entorpecida y degradada; se hace allí materialidad sombría, pero no cambia de esencia; es la misma potencialidad que anima lo más alto: hay en la materia disminución, pero no ausencia total de esencia divina. La vida, nos dice Bergson, es un arranque superior de la energía; la materia es la energía de descenso, lo que a cada momento decae del arranque vital.

Pero con el análisis hicimos tan profundas las diferencias entre el cuerpo y el alma, que ahora es preciso volver sobre cada

una de ellas para investigarlas y reducirlas a unidad; la labor de refusión comienza apenas.

¿Cómo engranan y coexisten, después de la bifurcación operada por la razón, los dos mundos, el de la materia y el del espíritu? ¿Cómo se resuelve ese conflicto del alma que tiende a las cosas superiores, pero no puede, y quizás no debe, abandonar sus adherencias múltiples con todo lo de abajo, con toda su parentela inferior, carente de forma o de superior arranque? A causa de que este problema se ha hecho más sensible en el conflicto de los deseos y de los afectos, que tienden unas veces a lo de abajo y otras a lo más alto, se le han buscado soluciones internas, se le ha querido aplicar la ley moral, que aconseja la purificación de lo innoble y la corrección de lo imperfecto; pero esta solución, por respetable que sea, es sólo parcial: deja fuera todo el inmenso mundo de los objetos; borra el encanto insustituible de las cosas, y nos da, en cambio, el mundo ideal de las virtudes. Pero no tolera el corazón las exclusiones y sabe que las hay siempre que se suprime un orden para inventar sobre él otro falso o superior. Lo que demandan las conciencias es la redención absoluta de todas las cosas. Todo el prodigioso, animado, armonioso mundo de lo sensible, ¿va a quedar eternamente fuera de nosotros mismos? ¿Acaso no hay manera de asimilarlo con nuestro vuelo íntimo? ¿Por qué se nos ha de arrancar, si es parte de nuestra esencia misma? Para hacer esta asimilación de lo material, no basta el principio moral; hace falta una noción que participe a la vez de la cosa y del alma. La pregunta dice: ¿Cómo llegará la materia al espíritu? ¿Acaso le está divorciada para siempre? ¿Es cierto, entonces, que hay cielo e infierno,—que una parte de las cosas se condena fatalmente y sólo otra pequeña se salva?

Por eso hay que ir más lejos que Schleiermacher en la interpretación de Pitágoras. ¿Cómo había conquistado Pitágoras la unidad que absorbe en sí toda cosa? Es muy probable que, como dice Schleiermacher, observara dentro de sí la ley y el orden de los afectos, e intentara después aplicar esa misma ley a lo externo; pero no debe haber sido éste todo su pensamiento. Sin duda que había algo más, pues no era la suya una ética, sino una estética.